

ALINA COVALSCHI



No tengo
MIEDO

NO TENGO
MIEDO



ALINA COVALSCHI

Índice

LA MUERTE

EL MANICOMIO

EL SILENCIO

LA VIDA

LAS LÁGRIMAS

EL TIEMPO

LOS SUEÑOS

LA ESPERANZA

LA TRISTEZA

EL OLVIDO

LA SONRISA

LOS SENTIMIENTOS

SOMBRAS

PALABRAS

RECUERDOS

VISITA

LA FELICIDAD

DULCE VENGANZA

BAILAR

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

PACIENCIA

ANGELES Y DEMONIOS

LIBERTAD

UN HOGAR

RECUERDOS BUENOS Y MALOS

REENCUENTRO

DOLOR Y FUTURO

EL FIN

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Titulo: *No tengo miedo*

Autora: *Alina Covalschi*

Primera edición: Octubre 2017

LA MUERTE

Dicen que la muerte no duele...

De pequeña tenía temor a la muerte pero me di cuenta que la vida duele mucho más. Cerré los ojos intentando ahuyentar el miedo, pero no lo conseguí.

Seguía presente, seguía atormentando mis días y lo único que quería era controlarlo.

Gritos de dolor se escuchaban, la voz de mi madre golpeaba mi cabeza dejándola fría y extrañada. Los golpes sonaban a eco en toda la casa y ese sonido regresaba a mí de una forma muy intensa.

De repente un silencio inquietante se hizo presente dejando solamente el sonido de mi respiración entrecortada.

Agarré con fuerza la alfombra, y cerré los ojos.

No quería salir, pensaba que, al estar debajo de la cama, él no me podría encontrar.

La puerta se abrió y dejó entrar un aire frío y un tanto macabro que hizo parar mi corazón

El miedo me tiraba de la manga pero yo apretaba los dientes para no temblar.

—¿Dónde estás, Hannah? —rugió—. Quiero enseñarte algo.

Entró en la habitación y lo primero que hizo, fue abrir el armario.

—Veo que ya no te escondes en el armario. —Cerró la puerta despacio—. ¿Encontraste otro escondite?

Sus pisadas golpeaban mi estómago y los latidos enfurecidos de mi corazón acompañaban la melodía.

Sentí su olor, un fuerte olor a cerveza y a muerte. Me agarró la mano y tiró con fuerza mientras me arrastraba fuera de mi escondite.

—Te encontré —dijo y abrió los ojos.

Su camiseta estaba manchada de sangre, sus ojos eran oscuros y

tenía arañazos en el rostro.

—Ven conmigo, muñeca. —Me agarró por el pelo y me llevó con él hasta la habitación de al lado.

La puerta estaba abierta y el cuerpo sin vida de mi madre estaba tirado en la cama.

—¡No! —grité—. Ella no...

Las lágrimas ardían tras mis párpados cerrados temiendo lo peor. Me solté y reuní fuerzas para atacar. Mis brazos volaron sin rumbo, aterrizando en algún lugar, quizá en su rostro o en su cuello. Sus dedos agarraron mi cabello para tirar de mi cabeza hacia atrás y mirarme a los ojos.

—Deja de moverte —rugió.

Me empujó sobre la cama y acercándose al cuerpo de mi madre. Levanté su cabeza y la sangre manchó mis manos. Tenía los ojos abiertos y el miedo se reflejaba en ellos. Ese miedo que me hacía compañía todos los días.

Giré la cabeza y vi que él estaba buscando algo en el cajón. Aproveché ese momento para salir corriendo de la habitación.

Entré en su despacho y abrí el primer cajón.

La pistola seguía allí, ella era mi salvación y pensaba usarla.

Subí las escaleras con el arma en la mano para cuando quise empujar la puerta de la habitación, mi padrastro ya me había agarrado del brazo. Arrancó la pistola de mi mano y me abofeteó.

—Debería matarte, pero tengo mejores planes para ti. Eres mi salvación —dijo y se acercó a la cama.

Apuntó la cabeza de mi madre y disparó. La bala atravesó el cráneo y el cuerpo se sacudió.

El miedo dejó de atormentarme y me susurró en el oído:

—Yo me encargo de esto...

Me puse de pie y sacudí mi cuerpo entumecido.

Me preparé para algún acto de venganza, pero no llegó. En menos de dos segundos, estaba tirada en el suelo y con la sangre brotando de mi boca. Mi padrastro se agachó y tomó mi mano derecha. Colocó la pistola y apretó mi dedo índice en el gatillo hasta que una bala silbó en el aire. Impactó en su rodilla derecha y gritó de dolor.

Limpió la pistola con su camiseta manchadas de sangre y la tiró al

suelo.

Se acercó y me agarró por los brazos. Me subió a su hombro derecho y bajó conmigo las escaleras. Luego me dejó en el suelo y empezó a reír.

—Tienes el aspecto de una pequeña asesina —murmuró.

Avisó a los policías y en menos de media hora llegaron y me esposaron. Él les dijo que estaba loca y que después de matar a mi madre, intenté matarle a él también.

Los policías me metieron dentro de un furgón y junto con mi amigo el miedo, me llevaron a un hospital psiquiátrico.

Allí comenzaría mi venganza y regresaría renovada para terminar con su vida.

El miedo y la muerte, eran mis mejores amigos.

EL MANICOMIO

Un lugar donde el cuerdo puede soñar...

Mi corazón se hundió mientras miraba el enorme edificio que tenía delante de mis ojos. Era un manicomio en mal estado. Las ventanas estaban tapadas por baldas de madera y rejas de hierro.

Llovía y me encontraba mojada hasta la piel, no tenía zapatos y mi ropa estaba toda manchada de sangre.

Me agarraron de las muñecas esposadas y me forzaron a entrar en ese edificio.

Mis pasos eran vacilantes, asustados como si esperaran caer por un precipicio. Estaba dolorida por todas partes, pero no podía perder la esperanza, no ahora. Tenía que encontrar una manera de escapar.

Un olor a moho y viejo entró en mí revolviéndome las tripas.

—Tiene que rellenar este formulario. —Le dijo un hombre alto y vestido de blanco a mi padrastro—. Necesitamos tener toda la información posible y saber porqué está aquí.

Los policías se fueron y una mujer, de mediana edad y bastante fea, se acercó hasta donde estaba yo. En mis manos dejó una toalla y un camisón blanco.

—¿Cuántos años tienes, niña? —preguntó mirándome de arriba abajo.

—Catorce...

—Señora —bramó—. Me tienes que llamar señora, ¿entendiste? —preguntó en tono elevado.

—Sí, señora —contesté y agaché la cabeza, pero no antes de observar la llave que tenía alrededor de su cuello.

—Sígueme —ordenó.

Empecé a caminar detrás de ella y mi cerebro dejó de funcionar como debería. La única cosa en la que mi cabeza podía centrarse era en el

aspecto terrorífico de ese lugar.

Llegamos delante de una sala enorme donde había más de veinte mesas. Diez chicas estaban sentadas con la mirada perdida, parecían drogadas. Una de ellas alzó la mirada y se puso de pie.

—Ella está aquí. Ella nos matará a todos —gritó y me señaló.

En menos de dos segundos, dos hombres la agarraron por los hombros y la pusieron de rodillas. Se la llevaron bajo las miradas perdidas de esas niñas, arrastrado el cuerpo inquieto por el suelo desgastado. Ninguna reaccionaba, parecían atrapadas en una especie de trance.

El silencio fue interrumpido por una silla que cayó al suelo. Otra chica se había levantado y miraba con furia a su compañera. La escupió a la cara y torció los labios.

—Mentirosa. —Se abalanzó sobre ella y empezó a golpearle la cabeza.

No se movía nadie y esa pobre chica tenía el rostro manchado de sangre y los ojos en lágrimas.

Quería ir y a separarlas, pero no lo hice, pronto todas morirían, facilitando mi venganza.

Sonreí cuando esa chica dejó de respirar y escuché a la muerte susurrándome al oído:

—*Este es nuestro hogar.*

La mujer tiró de mí y me llevó con ella por un pasillo largo y oscuro. A cada lado había puertas de hierro y se escuchaban gritos de dolor.

Una de las puertas estaba abierta y cuando pasé por delante, vi cómo dos hombres intentaban atar a una chica mientras le inyectaban un líquido en el brazo. La chica empezó a tener convulsiones y sus ojos se volvieron blancos.

Cuando se tranquilizó, empezaron a desnudarla. Uno de ellos cerró la puerta y seguí caminado con pasos rápidos para alcanzar a la mujer.

Se paró delante de una puerta, idéntica a las demás y metió una llave en la cerradura.

Se apartó y me empujó hacia dentro. Caí de rodillas al suelo y grité de dolor. Mi hombro golpeó el borde de hierro de la cama y mi cuerpo se sacudió por el impacto.

—Cállate o me veré obligada a atarte, niña —bramó antes de cerrar la puerta.

La oscuridad se hizo presente y el miedo se sentó a mi lado. Tenía su compañía y la muerte pensaba mantenerme despierta para encontrar el plan perfecto.

 Mi venganza comenzará muy pronto.

EL SILENCIO

El silencio tiene respuestas, encuentra soluciones...

El silencio de la noche trajo recuerdos, pero no tenía miedo. La oscuridad me gustaba porque sabía que lo más peligroso que podía encontrar en ella, era a mi amiga, la muerte.

Mis amigos: el miedo y la muerte ya tenían un nuevo aliado, el silencio.

Juntos trabajaron en lidiar mi plan maestro y en mi sangrienta venganza. Mientras la muerte me susurraba sus ideas, el silencio encontraba soluciones para encajar todas las piezas del puzle.

Sabía perfectamente lo que tenía que hacer al día siguiente, sabía cómo actuar y a quién tenía que matar.

Pronto, todos sabrán que había llegado alguien que buscaba justicia, alguien que no tenía miedo a nada. Y esa era yo, una niña de catorce años con aspecto angelical, una niña que dejó de soñar y de vivir a los cinco años cuando recibió su primera paliza.

Una niña que vivió un infierno y ahora quería que ese infierno se desatase a su alrededor.

Unos gritos enloquecidos de terror, irrumpieron mi silencio y el miedo me susurró una canción para tranquilizarme.

Cerré los ojos y sonreí.



—Despierta, niña —farfulló un hombre mientras tiraba de mi brazo.

—Estoy despierta, deja de tocarme. —Me zafé de su agarre y lo miré con odio.

—Es hora de hacer tu trabajo —dijo con impaciencia, sin molestarse en disimular la descarada inspección que estaba realizando a mi cuerpo.

—¿Trabajo? —pregunté, irritada.

Se frotó las manos en sus robustos muslos y clavó la mirada en mis senos. El camisón que me dieron era muy desgastado y la tela transparente dejaba mi cuerpo bastante visible.

Me crucé los brazos para taparme un poco y adopté una expresión hostil.

—Tienes que limpiar la cocina todos los días a estas horas —explicó y dejó de mirarme—. Sígueme.

Salí de la habitación y sentí el suelo frío debajo de mis pies desnudos. No tenía zapatos pero no me importaba, no podían escucharme y eso era algo a mi favor.

Cuando el hombre abrió la puerta de la cocina, me extrañé. No estaba muy sucia, no había muchos platos sucios o comida tirada por el suelo.

Mis ojos vieron los cuchillos y sonreí. Eran grandes y afilados, perfectos para matar.

—Puedes empezar por allí. —Miré su mano extendida—. Friega esos cacharros que hay en la pila y cuando vuelva el cocinero, puedes irte.

Salió de la cocina y me acerqué a la mesa donde estaban los cuchillos. Tomé en mis manos uno y lo examiné. Brillaba y mi rostro se reflejaba de una manera extraña, pero hermosa.

Ese rostro tenía una sonrisa muy grande y ese rostro sabía perfectamente lo que quería.

La puerta de la cocina se abrió y escondí el cuchillo a mis espaldas. Una chica rubia entró y cuando me vio, su mirada se tornó fría.

No le tenía miedo, incluso pensé que sería divertido dibujarle una sonrisa con el cuchillo en esa cara tan amargada.

—Deja de mirarme —dijo y empezó a caminar—. No te lo permito.

Cuando llegó delante de mí, saqué el cuchillo y se lo clavé en el corazón. Gritó de dolor y le tapé la boca con mis manos ensangrentadas para luego tirar de ella.

La dejé caer en el suelo y con el cuchillo empecé a dibujar una perfecta sonrisa.

Me aparté para admirar mi obra maestra. Era perfecta, ahora la chica tenía una hermosa sonrisa en su rostro.

Me agaché de nuevo y metí las manos en el agujero que tenía al lado de su corazón. Con mis pequeñas manos agarré su corazón palpitante y caliente. Empecé a tirar con fuerza hasta que las venas se rompieron y me caí de espaldas.

Miré el corazón que tenía en mis manos y sentí la brisa suave de mi amiga, la muerte.

Ella estaba contenta y eso hizo que yo también lo estuviera

Pronto todos morirían.

LA VIDA

La vida es un camino lleno de alegrías pero también de tristezas

Ver cómo mi amiga la muerte se llevaba la vida de esa chica, llenó mi ser con un sentimiento de satisfacción. Miré el corazón con agitación, ya no latía, estaba frío y sin vida.

Estaba muerto, como ella.

Lo aplasté con mis dedos hasta que se partió en varios trozos.

Su cuerpo en cambio seguía, vivo.

Cuando un corazón dejaba de latir, el cuerpo tenía unos siete minutos para dejar de funcionar.

Y yo quería seguir jugando con ella...

Me agaché, y con el cuchillo empecé a trazar líneas rectas y curvas por todo su cuerpo. Los dedos de sus manos se movían y las piernas temblaban.

Mi amigo el silencio, se acercó para cantar una canción hermosa. Mientras escuchaba esa canción, mis manos seguían haciendo cortes por las piernas de esa chica. La sangre era caliente y olía apetecible, mi obra tenía un aspecto perfecto.

Cuando su cuerpo dejó de reaccionar a mis pinceladas, me levanté para admirar lo que había hecho con mis manos.

Era una obra de arte y al ver como la muerte y el silencio habían trabajado en perfecta armonía con el miedo, me llené de una paz interior.

La muerte se la llevó sin rechistar y pronto todos serían suyos. Yo me encargaría de que así fuera.

Rompí un trozo de su camisón y guardé el cuchillo debajo del mío. Escondí el cuerpo de esa chica detrás de un armario viejo y limpié bien la sangre.

Ni siquiera sabía su nombre, pero eso era lo que menos me preocupaba.

Lo único que quería era salir de ese manicomio y encontrarle.

Pronto mis amigos se encargarían de mi venganza y pronto él dejaría de existir.

Continué con mi trabajo y terminé de limpiar la cocina. Cuando entró el cocinero, salí con la cabeza agachada y fingiendo estar loca.

Conseguí pasar desaparecida hasta la habitación y escondí el cuchillo debajo de mi colchón.

Un ruido agudo empezó a molestar mis oídos y se escucharon varias pisadas fuertes.

—Es la hora de las duchas —gritó un hombre—. Salir todas fuera.

Salí de mi habitación y respiré hondo, me gustaba el olor a sangre que desprendían mis manos. No quería lavarme.

—*Mañana te ayudaré a encontrar otra diversión* —susurró mi amiga la muerte.

Sonreí, ella sabía perfectamente cómo alegrarme en los momentos más tristes.

LAS LÁGRIMAS

Las lágrimas son la sangre del alma...

Las lágrimas que salían como un río de esos ojos, esos ojos asustados y brillantes, eran de dolor. Del dolor que yo le provocaba y me gustaba, porque mi amiga la muerte estaba contenta. No podía gritar y no podía pedir ayuda porque le había cortado la yugular con mi cuchillo.

Esa era mi segunda obra maestra y había decidido divertirme de otra manera.

Primero le corté las orejas y luego le corté la lengua. Su rostro ensangrentado era maravilloso y esas lágrimas dibujaban líneas rectas en perfecto acuerdo con los cortes que le hice en su pecho.

Ella me había arrinconado en las duchas y me llamó loca. Me dijo que tenía que desaparecer, pero no sabía que mi amiga la muerte ya le había comprado un billete de ida hacia el infierno.

Sus párpados dejaron de moverse y supe que ese era su fin. Miré con entusiasmo como la muerte se la llevaba y después escondí su cuerpo en un armario viejo.

Me duché para quitarme la sangre pero el olor seguía presente y eso me hizo feliz.

Escondí el cuchillo y corrí descalza por el pasillo para llegar rápidamente a mi habitación. Levanté el colchón y guardé el cuchillo.

Me senté en la cama y empecé a tararear una canción de cuna. Era la única que me sabía, la única que me cantaba mi madre por las noches.

*Ese día, mi niña,
Ese día llegaste a mi mundo
Y fue de la magia
Y fue de los sueños*

Duerme mi niña y sueña feliz.

—Para de cantar y sígueme —dijo un hombre.

Me levanté de la cama y lo seguí por un pasillo largo hasta llegar delante de una puerta de madera. La abrió y me empujó para entrar.

En el medio de esa habitación había una cama y al lado un aparato raro y lleno de cables.

Dos mujeres se abrieron paso y me agarraron por los brazos. Me tiraron encima de la cama y empezaron a atarme.

—Suéltame —grité mientras intentaba soltarme.

—Cállate o tu castigo será peor —dijo otra mujer mientras cerraba la puerta.

Me colocaron los cables y luego me amordazaron la boca, pero no antes de meter un trozo de madera entre mis dientes.

Intentaba soltarme pero fue sin éxito, y cuando encendieron la máquina, una descarga eléctrica atravesó mi cuerpo de arriba abajo.

El dolor saturó cada músculo de mi tenso y estirado cuerpo. Empecé a gimotear en voz baja, que fue volviéndose más alta con cada respiración.

El sudor formaba gotas en mi piel recalentada que se hacían más grandes y corrían a través de los contornos de mi cuerpo.

Me rebelé con furia, intentando soltarme. De mis ojos salían lágrimas, pero no eran lágrimas de dolor, eran lágrimas de esperanza, de liberación.

Intenté dejar de sentir el dolor, procurando que mi mente venciera a mi cuerpo.

Pronto todos morirían y no habría más lágrimas.

EL TIEMPO

El tiempo te acostumbra a la idea de que solo algunas cosas están cambiando

Yo no podía aceptar lo que el tiempo había cambiado en mi vida, no podía aceptar la muerte de mi madre. Después de eso, mi cerebro dejó de funcionar con normalidad, y empezó a disfrutar de lo que hacía mi amiga la muerte.

Con el cuchillo en la mano, entré en la enfermería y sin darle tiempo a levantar la mirada, le corté el cuello a esa mujer, a esa que había encendido esa máquina tan horrorosa.

El tiempo que transcurrió mientras que mi amiga la muerte se la llevaba, fue largo y pude aprovecharlo a mi favor. Le corté las manos mientras le tapaba la boca para que no gritara. Sus ojos transmitían mucho miedo, mucho dolor y eso me mantuvo contenta.

Empecé a cantar esa canción de cuna hasta que sus ojos se cerraron para siempre.

Escondí su cuerpo y limpié la sangre. Odiaba hacerlo, pero necesitaba ganar tiempo.

Lamí el cuchillo para saborear la sangre y miré mi rostro reflejado en el espejo que había delante de mí. El tiempo había cambiado mi rostro, pero no había cambiado el deseo de venganza.

Tenía catorce años y aparentemente era una niña como todas las demás. Sin embargo, nadie se había fijado en la madurez que destaqué desde una edad temprana. Lo más característico en mí era mi larga y densa melena de un color miel. Mi piel blanca y mis labios gruesos realizaban una belleza misteriosa, oscura.

Salí de la enfermería y abrí la puerta de la habitación del terror, donde se encontraba esa máquina tan horrorosa. Corté todos los cables, tiré la máquina al suelo y empecé a clavarle el cuchillo hasta que se

rompió en varios trozos.

Esa máquina dejará de hacerme daño...

La puerta de la habitación se abrió y una mujer entró rápidamente para atraparme.

Fui más rápida que ella y le clavé el cuchillo en su estómago, una y otra vez, hasta que dejó de respirar. Me sentía cansada y necesitaba tiempo para recuperarme antes de matar a la otra.

Escondí el cuerpo y salí corriendo a las duchas. Después de limpiarme decidí entrar en la habitación y dormir.

Deseaba soñar con mi madre...

LOS SUEÑOS

Los sueños saben tu camino

No quería despertarme, soñaba hermoso, alegre, vivo y colorido. Mi madre me abrazaba y me cantaba.

A lo lejos, escuché una voz familiar, mi voz. No sabía si era dentro o fuera del sueño.

De pronto todo se volvió familiar. Mi padre golpeando a mi madre sin cesar, gritos y llantos de dolor, miedo y oscuridad.

Mis ojos se abrieron de golpe y miré fijamente a la nada que me rodeaba. Mi corazón latía con fuerza, un antiguo temor amenazaba con lanzarme a un nuevo infierno. Uno donde las pesadillas eran el reflejo perfecto de mis recuerdos.

Había pasado mucho tiempo desde que había visto el sol o la luna, perdí la pista de los días. Solía ser capaz de contarlos por las comidas, pero ya no más. Mi cerebro no podía procesar nada más allá de ver el mundo exterior.



—Despierta, niña —dijo una voz profunda de mujer—. Hoy vas a salir al jardín.

—Estoy despierta. —Estiré las manos.

—Ponte esto. —Tiró encima de la cama una camiseta y un pantalón. Salió de la habitación y lo primero que hice fue levantar el colchón

para coger el cuchillo y atarlo a mi cintura. Luego me puse la camiseta y el pantalón.

Salí silbando y caminé con tranquilidad hasta que una niña, con el rostro serio y magullado, se me acercó. Se veía tímida y tenía la mirada perdida.

—H... hola —balbuceó sin mirarme.

—Hola —contesté con indiferencia.

—Mi nombre es Julia —manifestó mientras se apresuró para caminar a mi lado.

—Soy Hannah. —Los ojos de ella volvieron hacia mí.

—Ayúdame...por favor —susurró las palabras, como si con ello pudiera disminuir su impacto.

—No quiero escucharte.

Ella me miró con una mirada de asombro y vulnerabilidad en su cara.

—¿He hecho algo mal?

Ésas palabras desgarraron profundamente algo en mi interior.

—Para, por favor —dije entre lágrimas.

—¡Cállate! —Vino otra bofetada.

—¿Hice algo mal?

—¿Qué harías por mí si te ayudo? —pregunté con tono mordaz y enarqué una ceja.

—Lo que tú quieras, solo sácame de este lugar. —Miró por encima de su hombro, asustada.

—Lo pensaré —dije con una sonrisa maliciosa en mi rostro.

No me vendría mal una pequeña ayuda, pero luego esa ayuda tenía que desaparecer.

—Gracias... —murmuró—. Lo único que me mantienen con vida son los sueños.

—¿Sueños? —La miré extrañada.

—Todas las noches sueño con mi familia, con mis amigos, con una

vida feliz y eso me da la fuerza para levantarme todos los días. —Se secó una pequeña lágrima.

Algo en mi interior se retorció de nuevo y saber que ella estaba como yo y que los sueños eran lo que nos mantenía vivas, cambió mis ideas.

La ayudaré y juntas abandonaremos ese lugar. Aunque primero haré una fiesta con mis amigos: la muerte y el silencio.

—Necesito un mapa. Necesito saber cuantas salidas tiene ese manicomio. —Ella alzó la mirada.

—Sé dónde hay uno. Mañana tengo que limpiar allí y lo puedo coger —repuso sonriente.

—Perfecto. —Empecé a caminar a su lado—. Solo me queda la llave.

—¿La que tiene Mildred? —preguntó en voz baja y trémula.

—La conseguiré muy pronto —manifesté, moviendo los labios despacio—. Quiero que sea la última en morir.

Julia me miró unos largos segundos hasta que estiró una mano y tocó mi hombro.

—¿Amigas? —Me miró a los ojos.

—Amigas... —Cerré los ojos, apretándolos con fuerza por un instante, luego me relajé y se volvió hacia la puerta.

Los sueños nos unieron y nos guiarán hasta la salida.

LA ESPERANZA

La esperanza pertenece a la vida y es lo que hace que sigas respirando

Yo nunca perdí la esperanza. Para mí no era más que un impulso para seguir con mi venganza.

Miraba a las chicas con mucha sed, necesitaba sentir el olor a sangre y deseaba matar. La mayoría de ellas estaban locas, pérdidas en otros mundos y con pocas expectativas. Yo sólo quería ayudarlas para que puedan abandonar el manicomio. No tenían esperanza, no sonreían, eran prisioneras en ese lugar tan macabro y oscuro.

Yo podía ayudarlas y liberarlas. Nada era eterno, nada era perfecto.

Me encontraba en la sala de juegos. Nos habían dejado unas hojas blancas y varios rotuladores, pero ninguna dibujaba. Tenían las miradas perdidas y se entretenían con los rotuladores.

Yo había dibujado a mi amiga la muerte rodeada por mucha sangre. Anhelaba sentir ese olor y anhelaba tener un corazón en mis manos. Deseaba disfrutar con mi amiga la muerte de ese ritual tan intenso, tan hambriento.

El silencio me hizo compañía y mientras terminaba el dibujo, una sombra cubrió mi hoja y alcé la mirada. Mi nueva amiga me miraba con ojos brillantes y con una sonrisa ladeada en sus labios.

Se sentó a mi lado y miró de frente.

—Tengo el mapa —susurró mientras la depositaba encima de mis piernas.

—Perfecto Julia. —La metí con rapidez debajo de mi camión.

—¿Necesitas algo más? —preguntó y miró mi dibujo.

—Ayudarme a matar. —Ella levantó la mirada.

—¿A quién? —preguntó susurrando.

—A todos —contesté sonriendo.

—¿Por qué quieres hacer eso? —Tragó saliva.

—Porque necesito hacerlo, porque este lugar ya está muerto. Él pertenece a mi amiga la muerte. —Le di el dibujo—. Esto es para ti. ¿Me ayudarás?

—No sé cómo hacerlo. —Tomó el dibujo y empezó a doblarlo meticulosamente.

—Solo tienes que hacer lo que yo te diga. Solo tienes que dejarte guiar por mi amiga la muerte.

—Lo intentaré... —susurró y miró en dirección a las chicas—. ¿A quién quieres matar hoy?

—A esas dos que golpean la mesa con los puños.

Ellas giraron las cabezas y nos miraron. Había algo en esas miradas; una llamada de socorro. Ellas pedían mi ayuda.

—Necesitas un cuchillo —dije en voz baja—. Si vienes conmigo, podemos coger unos de la cocina.

Me incorporé y ella hizo lo mismo.

—¿A dónde vais? —preguntó un hombre que se nos acercó.

—La llevo al baño, está con el periodo y necesita ayuda —expliqué y él retrocedió asqueado.

Julia me agarró de la mano y me siguió hasta la cocina. Miré a mi alrededor y empujé la puerta. Me acerqué a la mesa y tomé el cuchillo más grande que había.

Rompí un trozo de mi camisón y até el cuchillo a su cintura. Solo quedaba atraer a esas dos chicas en una trampa mortal.



Crucé la sala y me senté en la única silla que había libre en la mesa de las dos chicas.

Ellas me miraron extrañadas y se levantaron de golpe.

—¿Cómo te atreves? —preguntó la que estaba a mi lado.

—No necesitamos basura en nuestra mesa —bramó la otra.

Solté una carcajada y tiré al suelo todo lo que había en la mesa.

Me devolvieron una mirada hostil sin mostrar ninguna otra emoción y se apartaron con brusquedad.

Retrocedí, sin dejar de sonreír y cuando llegué delante a la puerta, empecé a correr. Julia me siguió y me abrió la puerta de las duchas.

Giré la cabeza para mirar atrás, los pasos acelerados de esas dos chicas retumbaban en mis oídos. La chica rubia fue la primera en entrar y pateó la puerta mientras gritaba enojada.

Saqué el cuchillo a tiempo y se lo clavé en el estómago con un movimiento muy rápido.

En el momento que la sangre manchó mis manos un subidón de endorfinas y satisfacción recorrió mi cuerpo.

Ella parpadeó varias veces y luego cayó de rodillas al suelo.

Entró la otra, sin embargo, no le dio tiempo a respirar porque Julia la había agarrado por el cuello y le había clavado el cuchillo en el costado derecho. Repitió el movimiento varias veces, hasta que mi amiga la muerte se la llevó con ella.

Julia se tiró al suelo jadeando y limpió su cuchillo rápidamente.

En cambio yo, me senté al lado de esa chica y le hice un agujero en el pecho. Metí las manos dentro de su tierna carne y suspiré cuando sentí el calor corporal.

Era una sensación placentera y el olor a sangre me inundó, me hizo respirar de nuevo.

Arranqué su corazón y la chica dejó de mover sus brazos, pero seguía parpadeando sin parar.

De sus ojos salían lágrimas, esas lágrimas saladas que eran parte de su alma.

Sentí como mi amiga la muerte se la llevaba y miré con satisfacción ese corazón tan tierno y tan hermoso. Cuando dejó de latir en mis manos, lo partí en varios trozos con mi cuchillo y probé la sangre.

Tenía un buen sabor, tenía sabor a muerte, era justo como a mí me gustaba.

Miré a Julia y sonreí, por fin había conseguido una amiga, una amiga de verdad.

La esperanza nos unió y nos hizo más fuertes.

LA TRISTEZA

La tristeza lástima el corazón

No estaba sola, tenía una amiga y tenía algo a lo que aferrarme para conseguir lo que me había propuesto.

Miré el mapa con atención, había memorizado todas las salidas de ese manicomio.

No habían muchas, solo tres y la única que parecía la más fácil de usar, era por el sótano.

—¡Pelea! —gritó alguien y salí corriendo de mi habitación.

Seguí los gritos y los ruidos y cuando llegué a la sala recreativa vi a dos hombres golpeando a una chica sin parar.

Ella tenía el rostro ensangrentado, pero seguía manteniéndose de pie. Era impresionante y triste a la vez. A veces, nuestro cuerpo nos sorprendía con una fuerza inimaginable ante el miedo.

Miré con atención los rostros de esos hombres, quería memorizarlos y quería ir a por ellos esa noche.

Al final, la chica cayó de rodillas al suelo y ellos se la llevaron, arrastrando su cuerpo por el frío suelo como si fuera basura.

Julia se acercó y me agarró la mano.

No hacía falta hablar, con tan solo mirarnos era más que suficiente para saber lo que teníamos que hacer.

Cada una se fue a su habitación en perfecto silencio. Me tumbé en la cama y empecé a silbar mientras esperaba la hora perfecta.

Cuando mi amiga la muerte susurró en mi oído, me levanté y até el cuchillo a mi cintura.

Quitó el papelito que había puesto para que no cerrasen la puerta y me escabullí por el largo pasillo.

Caminaba de puntillas, para no hacer ruido y cuando llegué delante de la puerta de Julia, di un suave golpe para avisarla.

Abrió la puerta enseguida y me siguió hasta la sala de vigilancia. Ahí estaban esos dos hombres, riendo, mientras observaban los monitores.

Sin previo aviso, uno de ellos se levantó y me agaché enseguida para que no me viera. Entró por una puerta lateral, dejándome el momento perfecto para matar a su compañero.

Le hice señas a Julia para que entrara a por él, mientras yo me acercaba al otro hombre.

Me arrastré por el suelo hasta llegar al lado de su silla y me agarré a las patas. No quería fallar, tenía que ser una apuñalada segura y mortal.

Me levanté despacio, sin hacer ningún ruido y cuando giró la cabeza, le corté el cuello con una fuerza increíble.

La sangre salió como disparada, manchando los monitores y, el olor a fresco y a muerte se instaló en esa habitación.

Mi amiga la muerte disfrutaba de un gran festín y yo sonreía porque estaba feliz.

Probé la sangre manchando mi piel con ella, deseaba impregnar ese olor en mi cuerpo, pero algo faltaba.

Giré la silla y miré el rostro de ese hombre que seguía parpadeando.

Me alegré porque sabía que su corazón seguía latiendo. Hice un corte profundo con mi cuchillo y luego arranqué con mis manos su corazón.

Los ojos de ese hombre se agrandaron al ver su corazón en mis manos, pero los cerró enseguida, mi amiga la muerte se lo había llevado.

El corazón seguía latiendo, podía sentir su fuerza y era algo maravilloso.

Era la vida misma en mis manos.

EL OLVIDO

El olvido puede ser tu mejor arma

El olvido era mi mejor venganza, mi único perdón. No olvidé a mi madre, ella me había querido y eso era algo que seguía sintiendo, su amor no me abandonó.

Dicen que a veces el tiempo se hace amigo del olvido para que tus heridas dejen de dolor.

Las mías seguían doliendo y matando poco a poco mi alma.

—Ey, niña —chilló un guardián—. Ven aquí.

Me levanté y, sin dejar de mirarlo caminé despacio por el suelo frío y sucio, hasta que llegué a su altura.

—¿Cuántos años tienes? —Me miraba asombrado.

—Catorce... —contesté, moviendo los labios despacio.

—Catorce años tenía mi hija cuando murió... —murmuró y agachó la cabeza—. ¿Por qué estás aquí?

—Dicen que maté a mi madre —hablé con indiferencia.

Su rostro era cansado y arrugado, con una mirada triste y pérdida. Era distinto a los demás hombres que trabajaba en ese manicomio, pero aun así no podía fiarme de nadie.

—¿Y lo hiciste? —preguntó despacio.

—No.

—Cuéntame qué pasó. —Se pasó las manos por la cara y me hizo señas a que me sentara a su lado.

Las demás chicas estaban entretenidas con las pinturas y, me extrañé que ninguna se había dado cuenta que las puertas estaban abiertas.

Me senté a su lado y cerré por unos segundos los ojos.

Imágenes con mi madre muerta, con los ojos cerrados y el rostro lleno de moretones, aparecieron y quitaron mi aliento.

Sentí que el hombre agarró mis manos y abrí los ojos extrañada.

—Tranquila, no quiero hacerte daño —expresó con voz trémula—.

Si no quieres hablar, no lo hagas.

—Prefiero no hacerlo —dije con tono mordaz.

Retiró sus manos y asintió con la cabeza.

Metió una mano en el bolsillo de sus pantalones y, sacó una pequeña navaja y un objeto metálico y redondo.

—¿Sabes qué es esto? —dejó el objeto encima de la mesa.

—No. —Miré con atención esa pequeña cajita de metal.

—Es una brújula. —La abrió—. ¿Sabes cómo funciona?

—No, nunca vi una. —Estiré una mano y él la depositó rápidamente en mi palma y la cerró.

—Es muy sencillo, tienes que seguir el norte. —Miró por encima de mi hombro—. Si quieres salir de aquí, la vas a necesitar.

—Yo...

—Descubrí lo que hiciste —murmuró—. A mí no me importa. Desde que perdí a mi hija, perdí parte de mí. Me recuerdas mucho a ella y quiero ayudarte.

—Gracias. —Apreté el puño—. Necesito la llave. —Mis ojos viajaron hasta la navaja.

—Esta no te la dejas. —La guardó y se inclinó hacia delante—. La necesito para ayudarte.

—Mildred es mía —gruñí.

—Perfecto. —Se puso de pie—. De momento no haremos nada más hasta que cambien los guardias. Los que vienen son nuevos y con poca experiencia.

—Hay otra niña, es mi amiga —dije en voz baja.

Se apartó de la mesa de un salto y negó con la cabeza.

—¿Se llama Julia? —cuestionó con cuidado.

—Sí, ¿por qué?

—Deberías ir a las duchas. —Dio la vuelta y abandonó la sala.

Mi corazón empezó a golpear con fuerza mi caja torácica y salí corriendo hacia las duchas.

Empujé la puerta y un olor a sangre llenó mis pulmones. No disfruté del olor, en ese momento solo miraba con los ojos húmedos el cuerpo sin vida de mi amiga Julia.

Estaba tendida en el suelo, sin manos y sin pies, sin ojos y sin orejas.

Me giré para ver si había alguien, pero no encontré a nadie. Agarré con fuerza mi pelo y grité con todas mis fuerzas.

Habían matado a mi única amiga, a mí Julia.

Mi amiga la muerte apareció y empezó susurrar. El silencio se hizo presente y conoció al olvido.

Necesitaba sentirlos a mi lado para seguir con mi venganza. Todos morirían, todos dejarían de vivir, sin embargo, no antes de hacerlos sufrir y sentir mi dolor.

Morirán de dolor.

LA SONRISA

La sonrisa es capaz de mover lo incommovible

Mi madre dijo que nunca dejara de sonreír porque ella vivía de mi sonrisa y que mostraba el fondo de mi alma.

Estaba triste por la muerte de mi amiga Julia, nadie dijo nada, nadie buscó a los culpables y nadie intentó darme alguna explicación.

Había pensado descubrirlo por mi cuenta empezando con las chicas y matarlas si no conseguía las respuestas.

Estaba sentada en mi silla y fingía estar dibujando algo, pero lo que de verdad hacía era observar con atención a cada chica. Ya sabía cuál era la más débil y cuál podría darme algún problema.

Tenía que empezar con lo más difícil y dejar el resto para el final.

Mi amigo el silencio susurraba en mi oído una canción triste, sin embargo no quería llorar.

Empecé a tararear la canción de cuna que solía catar mi madre por las noches y una de las chicas alzó la mirada.

—Para de cantar, estúpida —escupió y se levantó de su silla.

Sus compañeras levantaron las miradas pero enseguida agacharon las cabezas de nuevo.

Ella se acercó y golpeó la mesa con el puño.

—¡Cállate! —chilló y cuando quiso agarrarme por los pelos, me levanté y empecé a correr.

Giré la cabeza y sonreí porque me perseguía y era justo lo que deseaba.

Entré en la cocina y tomé el cuchillo más grande que había en la mesa y lo escondí detrás de mi espalda.

Abrió la puerta de golpe y con una furia en sus ojos se acercó despacio.

Empecé a cantar de nuevo y ella levantó la mano para pegarme.

Me agaché y le clavé el cuchillo en su estómago, pero no lo saqué

sino que empecé a retorcerlo una y otra vez hasta que su voz se ahogó.

La sangre era caliente, tentadora y el olor delicioso. Saqué el cuchillo y lo lamí con la lengua despacio, hasta la última gota.

Ella cayó al suelo y aproveché para sentarme a horcajadas encima de ella. Lo que le hicieron a Julia, le haré ella también.

A todas...

Lo primero que hice fue sacarle el corazón y el dolor que se veía en sus ojos, alimentaba mi sonrisa.

El corazón palpitó solo unos segundos y al ver que se quedó parado, empecé a trocearlo con rabia.

Ella cerró los ojos, sabía que le faltaba unos segundos más hasta que mi amiga la muerte se la llevara y corté rápidamente sus orejas y le saqué los ojos con mis dedos finos.

Dejó de respirar y yo dejé de sentir tristeza.

Todo seguía perfectamente bien, la muerte alimentó mi sonrisa y esa sonrisa era una de satisfacción, no de tristeza.

LOS SENTIMIENTOS

Los sentimientos son la expresión auténtica de quiénes somos

Lo sabía, mi bestia iba a salir esta noche otra vez. Tenía sed de venganza, de muerte y de sentir el olor a sangre.

Todos estaban durmiendo, todo estaba vigilado por mi amigo el silencio.

Salí de la cama y até el cuchillo a mi cintura con cuidado, lo había afilado para que cortara mejor.

El hombre que me dio la brújula, me dijo que esa noche había un cambio de guardia. Eso me facilitaba la entrada y la salida de las otras habitaciones con mucha facilidad.

Abrí la puerta y después de asegurarme que no había nadie, caminé de puntillas hasta la habitación más cercana a la mía.

Pegué la oreja a la puerta para escuchar si había algún movimiento. Solamente sentí a mi amigo el silencio y a la muerte susurrando en mi oído.

Empujé la puerta con mi cuchillo y parpadeé con rapidez. Estaba oscuro, sin embargo la luz suave que entraba por la ventana, iluminaba la cama.

La chica está durmiendo boca arriba y al verla así, sonreí porque estaba en la posición perfecta para conseguir lo que necesitaba.

Tomé un cojín y lo presioné con fuerza en su cara. Se quedó sin aire y empezó a mover las manos.

Me senté a horcajadas encima de ella y le clavé el cuchillo en el cuello, haciéndole un corte de un lado a otro.

En ese momento, mi amiga la muerte empezó a reír. Aparté el cojín para verle el rostro a esa chica y metí la mano en su boca para agarrar su lengua. La corté con mi cuchillo y me la acerqué para olerla.

La sangre no paraba de salir, era maravilloso como pintaba su cuerpo.

Le corté las orejas y le saqué los ojos, justo como hicieron con mi amiga

Julia. Presioné mis manos en su pecho y sentí y una ligera palpitación.

Su corazón dejó de latir y yo había dejado de sentir tristeza, ahogo y abandono. Esos sentimientos desaparecieron para siempre, se esfumaron en la mitad de esa noche silenciosa y oscura.

Pronto saldré de ese manicomio y mataré a ese hombre que tanto odiaba. El mismo que me había dejado sin madre, el que me había dejado sola.

SOMBRAS

- Me gusta mucho este vestido, mamá.*
- Me alegro hija. Sabes que para ti haré lo que sea.*
- Te quiero mucho, mamá.*
- Yo también, Hannah.*

—Despierta, niña —dijo una voz de hombre mientras me sacudía. Abrí los ojos asustada y por un instante vi sólo sombras, las sombras de mi madre. Me sonreía y se veía feliz.

—Tienes que darme tu cuchillo —expresó el guardia con impaciencia.

Era el hombre que me había dejado la brújula, aunque se veía bastante alterado.

—¿Por qué? —exigí y me levanté de la cama—. Es mío y lo necesito.

—Encontraron dos cuerpos. Ahora mismo están revisando las habitaciones y si encuentran tu cuchillo, se darán cuenta que fuiste tú —explicó.

—No puedo...

—Tienes que confiar en mí. Te lo devolveré —aseguró.

No sabía si confiar en ese hombre, sin embargo, él podía ser justo lo que necesitaba para ahuyentar las malas sombras. Ellas no dejaban de atormentarme por las noches, eran malas y oscuras.

Levanté el colchón y agarré el cuchillo, dudosa. Por un instante, escuché el susurro de mi amiga la muerte y la tentación de matarlo, pasó fugaz por mi mente.

—Sé lo que estás pensando. —Me agarró por los hombros—. Si lo

haces, te quedarás sola aquí. Te encontrarán, se darán cuenta que fuiste tú y te encerrarán en las celdas de abajo. De ahí no saldrás nunca.

—Aquí tienes. —Estiré la mano con el cuchillo.

—Mañana ven al cuarto de lavado. Lo esconderé debajo del armario —dijo antes de salir corriendo.

Me quedé sola y me sentía vacía sin mi arma.

El ruido de las pisadas y los gritos de las chicas empezaban a molestarme y las sombras aparecieron otra vez. Eran malas, me querían llevar con ellas, espere sentada en el suelo.

Me tapé los oídos y empecé a cantar esa canción de cuna tan hermosa.



—¡Levántate, niña! —gritó una mujer y me agarró por los hombros —. Para de cantar. —Me empujó y mi espalda chocó contra la pared.

Me dolió pero no dije nada, seguí cantando.

—¡Para! —Me abofeteó.

Me agaché y me quedé así mientras ella y otras dos mujeres revisaban mi habitación.

—Aquí no hay nada —dijo una de ellas y levanté la mirada.

Memoricé sus rostros y muy pronto ellas tendrían la oportunidad de conocer a mi amiga la muerte.

Salieron de la habitación y me incorporé del suelo despacio, estaba cansada y hambrienta. La comida era muy mala y escasa, había adelgazado mucho, sin embargo, faltaba muy poco para mi salida.

Escuché susurros y cuando me giré vi que las malas sombras fueron derribadas por las sombras de mi madre.

Sentí alivio y sonreí, mi madre me cuidaba y eso era lo único que

necesitaba saber en ese momento.

Mi madre me estaba ayudando.

PALABRAS

Existen palabras más fuertes que el silencio

Palabras... Últimamente no hablaba con nadie y me preguntaba si esa mujer quería decirme algo.

Le había cortado la lengua antes de que pudiera gritar y me había quedado con dudas.

Sus ojos intentaban decirme algo, sus brazos no paraban de moverse, incluso su cuerpo estaba inquieto.

—¿Quieres decirme algo? —pregunté riendo—. Ya es tarde, te quedaste sin lengua.

Miré con satisfacción a mi cuchillo, lo había recuperado, ese guardia lo había dejado debajo del armario que había en el cuarto de lavado.

Había cumplido con su palabra y me había dejado una nota también.

Las mujeres que revisaron tu habitación, estarán de guardia esta noche.

Era de noche y había encontrado a una de las chicas. Estaba sentada a horcajadas encima de ella y la tenía agarrada por los pelos.

Corté su garganta despacio, dejando que saliera la sangre caliente y que manchara mis manos por completo.

Cerró los ojos, el dolor tenía que ser insoportable. No encontraba palabras para describir lo que sentía, era más que felicidad, era una sensación de alivio mezclada con satisfacción.

—No has tenido la oportunidad de decir unas últimas palabras —

susurré antes de clavarle el cuchillo en el pecho, justo al lado de su corazón.

Tenía alrededor de siete segundos para sacarle el corazón antes de que dejara de latir.

Hice un agujero más grande con el cuchillo y agarré con mis dedos esa joya tan reluciente y tan viva.

Latía en mis manos y parecía que me estaba hablando, era hermosa.

Cuando dejó de palpar, la trocéé con el cuchillo y probé un poco la sangre. Tenía un sabor divino, me revivió y me hizo más fuerte.

—Niña, date prisa —susurró el guardia.

Levanté la cabeza y cuando lo vi, un instinto salvaje cosquilleó mis manos.

Me hablaba y me decía que lo matara, que le sacara el corazón y...

—Viene alguien, escóndete. —Cerró la puerta con llave.

Me levanté rápidamente y escondí el cuerpo de esa mujer detrás un viejo escritorio. Limpié un poco la sangre y me lavé las manos.

Abrí el armario para buscar algo de ropa limpia, pero no había nada más que uniformes.

Agarré con las manos una chaqueta y me la puse intentando tapar el camisón manchado de sangre.

—Abre esta maldita puerta —gritó una mujer.

—No hay nada...

—¡Quítate, joder! —vociferó ella.

Escuché la puerta abrirse y me agaché enseguida. Me arrastré por el suelo hasta llegar al lado de la ventana.

—No no hay nada —habló apeado el guardián.

—¿Y qué hacías delante de la puerta? —cuestionó.

—Estaba tomando un descanso.

—Ve a la sala de vigilancia, te necesitan allí.

Cerraron la puerta de nuevo y me puse de pie. Me habían encerrado en la habitación junto con la oscuridad y con el silencio. Respiré hondo, tenía que concentrarme en una manera de salir de allí, no en una manera de sentir lástima por mí misma.

Me senté en el suelo con la espalda apoyada en la puerta y cerré los ojos.

—Vendré más tarde para abrirte la puerta —susurró el guardia y sentí alivio.

Escuchar sus palabras fue justo lo que necesitaba en ese momento. Palabras... A veces eran más fuertes que el silencio.

RECUERDOS

Los recuerdos son fotografías mentales

Los recuerdos eran los únicos que me sacaban una sonrisa y aunque quedaba mucho tiempo para que pudiera salir de ese manicomio, intentaba hacer que todo fuera divertido.

—Niña, ¿estás despierta? —preguntó el guardia—. Voy a abrir la puerta.

—Sí, estoy despierta. —Me levanté del suelo.

La puerta se abrió y una luz intensa inundó la habitación.

—Perdón —expresó mientras bajaba la linterna—. Ya puedes salir.

—Gracias. —Subí la cremallera de la chaqueta para esconder el cuchillo.

—¿Cuál es tu nombre? —Cerró la puerta y se giró para mirarme.

—Hannah.

—Bonito nombre. —Me miró de arriba abajo—. Mi hija se llamaba Valeria. Deberías limpiarte esas piernas.

—No hace falta. Esta noche no pienso dormir.

—Ahora es tu oportunidad. Ellas están en el cuarto de vigilancia —dijo con voz queda—. Pero creo que tú sola no vas a poder con ellas. Sigues siendo una niña.

—¿Me ayudarás?

—Te ayudaré —habló en silencio formando claramente las palabras con los labios—. Pero sólo esta noche.

—Gracias. —Le agarré la mano—. Nadie me había hablado así desde que murió mi madre. Nadie quiere ayudarme, nadie quiere escucharme. Todos piensan que soy culpable. Puede que sí, pero no maté a mi madre, yo la quería mucho.

—Vamos. —Sacó la navaja—. Sígueme.

Lo seguí hasta llegar a la sala de vigilancia y después de abrir la puerta, me hizo señas para que me agachara.

Me arrastré hasta llegar a lado de una de las sillas y cuando vi que él había hecho lo mismo, saqué mi cuchillo.

Nos levantamos al mismo tiempo y sin hacer ruido, corté la garganta a una de ellas.

La otra chilló horrorizada, pero el hombre tapó sus labios de inmediato y le clavó la navaja en el pecho.

Mantuvo la mano allí, hasta que ella dejó de moverse, hasta que mi amiga la muerte se la llevó.

Empecé a cantar mi canción y giré la silla.

Hice un agujero en el pecho de esa mujer y le saqué el corazón. Seguía latiendo y la canción acompañaba ese maravilloso sonido.

—Date prisa, Hannah —habló él mirándome con horror—. Tenemos que esconder los cuerpos.

—Aún no he terminado —dije molesta.

—No tenemos tiempo. —Subió el cuerpo sin vida de esa mujer a sus hombros—. La sacaré fuera y luego vendré a por la otra.

Salió por la puerta y miré el pobre corazón sin vida que tenía en mis manos.

Me había enfurecido, sin embargo, no podía hacer nada. Ese hombre me había ayudado y lo había hecho sin ninguna mala intención.

Corté el corazón con mi cuchillo en trozos pequeños para aliviar mi rabia y llamé a mi amigo el silencio. Necesitaba sentir la paz, necesitaba encontrar una razón para sentirme bien.

Tener un cuerpo sin vida para jugar no era divertido y ese manicomio rebosaba de vidas que esperaban su turno para ser tomadas por mi amiga la muerte.

Sonreí y limpié el cuchillo con mis labios.

Saboreé la sangre aún caliente y dejé que los buenos recuerdos me llevaran lejos de ese lugar que me mantenía presa.

VISITA

—Tienes una visita, niña —habló una mujer mientras abría la puerta de mi habitación.

—¿Quién es? —pregunté extrañada.

—Un hombre. Dijo que es tu padre.

Me congelé al instante, no podía creer que él se había atrevido a visitarme. No me gustaba lo que había dicho, él no era mi padre y nunca lo será.

Mató a mi madre, me la arrebató, me dejó sola y desorientada en ese mundo. Pronto sabrá que lo que hizo tenía sus consecuencias y arrancaré su corazón delante de sus ojos.

—Muévete. —La mujer me agarró por los pelos y tiró—. No tengo todo el día.

—Suéltame. —Agarré su muñeca y empecé a retorcerla.

—¡Cállate! —Me dio una bofetada y cuando levantó la mano para darme otra, alguien intervino.

—Ya vale, Gisela —habló mi amigo, el guardia—. Mildred te espera en su oficina. —Tiró de su brazo con firmeza.

—Está bien, Gilbert. —Me fulminó con la mirada—. Esto no se queda así.

—No, no se quedará así. —Sonreí con malicia.

Ella se fue y Gilbert se acercó para examinar mi rostro.

—Tienes un poco de sangre aquí. —Estiró una mano para tocar mi mejilla y di un respingo.

—No me toques.

Se apartó y bajó la mano.

—Lo siento, Hannah —susurró y vi arrepentimiento en sus ojos.

—Yo... No me gusta que me toquen —expliqué y me toqué la mejilla dolorida.

—Sígueme, tu padre te está esperando.

—¡No es mi padre! —chillé—. Él mató a mi madre, él tiene que morir, él...

—No grites. —Me tapó la boca—. Te encerrarán.

Asentí y él apartó la mano.

—Por su culpa estoy aquí, por su culpa estoy matando...

—Vamos, Hannah —murmuró—. Te están esperando.

Lo seguí por el largo pasillo con pasos mis pequeños.

Mi amiga la muerte me susurraba en el oído y me decía que tenía que matarlos a todos.

El silencio reinaba, sin embargo, no podía hacer nada.

Gilbert abrió la puerta y cuando lo vi, apreté los puños con fuerza. Mis uñas se clavaron en la piel y sentí la sangre manchando mis manos.

Quería matarlo, quería tirarme a su cuello y ahogarlo, sacarle los ojos y cortarle la lengua.

Sin embargo, no podía hacer nada, en la habitación había tres guardias más y estaban armados.

Vi las pistolas y sentí una alegría inmensa, necesitaba conseguirlas como fuera.

—Hannah, ¿cómo estás? —preguntó él mirándome de arriba abajo.

—No es asunto tuyo. —Apoyé mis manos en la mesa—. ¿Cómo te atreves venir aquí?

—Quería saber cómo estás —dijo con tranquilidad—. Y veo que muy bien.

—Puedes irte. —Señalé la puerta—. ¡Lárgate! —Golpeé la mesa con los puños—. ¡Fuera de aquí, asesino!

Los guardias se acercaron enseguida y me inmovilizaron.

—No soy un asesino. —Se puso de pie y se acercó—. Pero tú sí. —Estiró una mano y rozó mi mejilla con sus nudillos—. Una pequeña asesina.

—No me toques —gruñí mientras intentaba soltarme.

Lo escupí y empecé a retorcerme con impaciencia. Él se limpió la cara y torció una sonrisa.

—Te mereces estar aquí —bramó riendo—. Aquí perteneces. —Llegó delante de la puerta y antes de abrirla me miró una última vez.

—Vendré a por ti —dije sonriendo—. Y borraré esa sonrisa mientras te sacaré el corazón.

Él desvió la mirada un poco asustado y abrió la puerta.

—Vamos niña —dijo uno de ellos y empezó a tirar de mí.

—¡Soltadme! —vociferé.

—Tranquilízate o buscaremos la cura para tus berrinches —habló el otro y empezaron a arrastrarme hasta la puerta.

Sabía lo que me esperaba, las sesiones de shock eléctrico eran los peores, causaban daños cerebrales y pérdidas de memoria.

Me arrastraron por el pasillo, pero cuando vi a Gilbert, me tranquilicé.

Él estaba sonriendo y sabía que iba a cuidar de mí.

LA FELICIDAD

Solo existen momentos felices

Recordaba los momentos felices que viví al lado de mi madre y sabía que tenía que seguir luchando para alcanzar mis metas.

Ese manicomio me había ahogado, me había hundido y me había quitado todas las ilusiones, todos los sueños que tenía.

Sin embargo, no me había quitado la esperanza, la esperanza de encontrar la libertad que tanto anhelaba.

Estaba débil, me habían sometido a unas sesiones de shock eléctrico largas, pero Gilbert me había conseguido unos calmantes y esos aliviaron mis dolores musculares.

Necesitaba coger esas pistolas y encontrar a los asesinos de Julia.

Me levanté de la cama, era muy tarde y la mayoría ya estaban durmiendo.

Coloqué el cuchillo a mi cintura y abrí despacio mi puerta.

La sala de vigilancia no quedaba lejos pero para llegar hasta ahí, tenía que cruzar todo el pasillo.

Una de las puertas estaba abierta y eso me extrañó. Me acerqué de puntillas hasta ahí y cuando asomé la cabeza, mis ojos se abrieron como platos al ver que uno de los guardias desnudaba a una chica.

Tragué saliva porque eso era algo que no me gustaba, forzar a alguien era algo que odiaba.

Sentí pena por la chica, pero no tenía planeado ayudarla, si no matar a los guardias.

Abrí la puerta despacio y me agaché, el guardiá estaba comiendo tranquilamente un sándwich. Me arrastré por el suelo y cuando llegué detrás de su silla, me levanté despacio.

Sin hacer ruido, agarré el cuchillo con mi mano derecha y lo levanté en el aire.

En dos segundos ya estaba clavado en su pecho.

Él reaccionó enseguida y me agarró la otra mano. Tiró de ella hasta que consiguió atraparme.

Luché para soltarme y el cuchillo se me cayó al suelo.

—¡Maldita niña! —Me abofeteó.

Me desequilibré y caí de espaldas hacia atrás, golpeando mi cabeza contra la silla.

Él se agachó y me pateó con su pie derecho en el estómago.

—¡Ah! —grité de dolor.

Busqué con la mirada el cuchillo, era mi única salvación. Lo vi y estiré una mano para alcanzarlo, sin embargo, me dio otro golpe y me quedé sin aire.

—Todas de aquí estáis locas —gritó y se tapó la herida con la mano derecha.

Estiré la mano de nuevo y conseguí agarrar el cuchillo.

Él me vio y sacó su pistola, aunque yo fui más rápida y le clavé el cuchillo en su pierna. Después deslicé el arma hasta llegar a su pie.

Gritó de dolor y se le cayó la pistola al suelo.

Me puse de pie y apuñalé su estómago una y otra vez hasta que cayó al suelo.

Me senté ahorcajas encima de él y le hice un agujero en el pecho para sacarle el corazón.

Movía los labios intentando decir algo, pero cuando conseguí sacar el corazón, él dio su última respiración en un grito ahogado.

El corazón palpitaba en mis manos y el calor que desprendía alimentaba mis sueños, mis ilusiones, me sentí feliz.

Cuando dejó de latir, empecé a trocearlo hasta que no quedó nada, hasta que fueran solamente trozos de carne viva. Me levanté y me limpié las manos con mi camión, necesitaba buscar en los archivos y revisar los vídeos que se grabaron con las cámaras de vigilancia.

La puerta se abrió y me asusté. Respiré aliviada cuando vi que era Gilbert.

—Necesito tu ayuda, necesito ver... —dejé de hablar porque él no me estaba mirando.

Su mirada estaba puesta en el cuerpo sin vida de ese guardia y sabía que tenía que hacerlo reaccionar.

—¡Gilbert! —grité y él levantó la mirada—. Necesito...

—Mi ayuda. —Caminó hasta que legó delante de mí—. Te escucho, solo que esto me sigue impactando. —Se agachó y tomó la pistola para guardarla.

—Lo siento —susurré temblando—. ¿Puedo darte un abrazo?

Me miró unos largos segundos con una expresión confusa y después asintió con la cabeza.

Me tiré a sus brazos y lo abracé con fuerza, necesitaba sentirme querida. Mis ojos picaban y enseguida me alejé, no quería dejarme llevar por unas emociones que de momento no quería en mi vida.

—Gracias.

—Supongo que quieres ver los vídeos. —Se acercó a los monitores y empezó a buscar entre los archivos del ordenador.

—Quiero ver quién mató a Julia. —Me acerqué.

—Creo que es este —dijo mientras presionaba el botón de inicio.

El vídeo comenzó y después de esperar unos minutos vi como Julia entraba corriendo por la puerta. Me acerqué un poco más y vi que detrás de ella había entrado Marisa, una niña que llevaba mucho tiempo en ese manicomio.

Todas le tenían miedo, menos yo.

Cuando vi como la mataba, cerré los ojos y dejé caer una lágrima, me dolió saber que no había podido ayudarla. Sin embargo, vengaré su muerte de la misma manera.

DULCE VENGANZA

La venganza es el condimento preferido de los demonios

Odiaba a todos, quería matarlos a todos, mi sed de venganza había crecido aún más cuando vi cómo mataron a mi amiga Julia.

Gilbert me ayudó entrar en la habitación de Marisa y luego se fue, pero me dijo que estaría cerca por si lo necesitaba.

Cerré la puerta despacio, sin hacer mucho ruido y me acerqué a su cama. Estaba dormida y se veía tan serena, justo lo contrario de lo que tenía pensado provocar en ella.

Quería que ella estuviera consciente de todo, así que cerré la puerta con llave y encendí la luz.

No tardó mucho en abrir los ojos y cuando me vio, se levantó enseguida de la cama.

—¿Qué haces aquí, loca? —gritó—. ¿Cómo has entrado? —Miró en dirección hacia la puerta.

—Eso no importa. —Saqué mi cuchillo—. ¿Sabes por qué estoy aquí?

—Porque eres una loca —rugió.

—Todas de aquí estamos locas. —Solté una carcajada—. Quiero vengar la muerte de Julia.

Ella agrandó los ojos y torció los labios.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó susurrando.

—Te vi matarla y, lo que le hiciste a ella te lo haré yo a ti.

¿Preparada?

—No te acerques a mí. —Miró la puerta—. Fuera de aquí. —Agarró la lámpara que había en una mesita.

La levantó en el aire y retrocedió hasta chocar con la pared.

—¿Por qué la mataste? —Me acerqué a ella.

—Porque me rebató algo que era mío —contestó y agarró con

fuerza la lámpara.

—¿Qué fue lo que te robó? —cuestioné justo cuando llegué a su lado.

—Una camiseta. —Me empujó—. Era mía, me la había regalado mi madre.

—¿Le quitaste la vida por una camiseta? —Golpeé su cara con mi otra mano—. Era mi amiga.

—Esa camiseta era importante para mí. —Se tocó la cara.

—Y Julia para mí. —Le clavé el cuchillo en el estómago y ella cayó al suelo—. No pienso matarte tan fácilmente. Levántate —ordené.

Ella me miró asustada y tiró lejos la lámpara.

—No pienso levantarme —habló y presionó sus manos en la herida.

—Lo haré yo. —Tiré con fuerza de su pelo.

Al ver que no lo conseguía, me tiré encima de ella.

—¿Algunas últimas palabras? —Levanté el cuchillo en el aire.

—Vas a pudrirte en el infierno —gruñó entre dientes.

—Tú también. —Le clavé el cuchillo en el pecho, junto a su corazón.

Sus párpados empezaron a cerrarse, sin embargo, yo no quería eso, quería que ella sintiera todo. Le corté las orejas y le tapé la boca para que no gritara. Después, empecé a cortar sus brazos, no fue fácil pero conseguí hacerlo después de haberle roto los huesos.

Le saqué la lengua y la corté rápidamente para que no gritara.

Todo pasó muy rápido y lo último que me faltaba era sacarle el corazón, así que lo hice con mucho adiestramiento, era algo que ya se me daba muy bien.

Cuando tuve su corazón en mis manos, empecé a reír, me gustaba la sensación de tener una vida en mis manos para luego acabar con ella.

Cuando dejó de latir empecé a trocearla y seguí hacerlo hasta que sentí unas manos fuertes agarrándome por la cintura.

—Ya está, Hannah —susurró Gilbert—. Está muerta.

—Tengo que seguir...

—Lo harás, pero ahora tenemos que limpiar todo esto —dijo suavemente.

—Supongo que tienes razón. —Miré mis manos llenas de sangre y suspiré.

Aún quedaba mucho pero estaba contenta porque mi amiga la

muerte estaba a mi lado.

Ella no se había separado ningún momento de mí, me dio fuerzas para seguir.

Me sentí bien al tomar la vida de Marisa, por fin Julia podía descansar en paz.

BAILAR

La vida es un el baile y cada paso es primordial

Ahí estaba yo, en medio de un salón enorme y miraba como todas las chicas bailaban frenéticamente al ritmo de una canción desconocida. Algunas de ellas lo hacían muy bien, sólo yo me había quedado estática y sin saber cómo mover mi cuerpo.

Hoy, nos habían dejado el día libre, sin tareas y sin terapias.

Nunca había bailado y nunca había sentido los acordes de la música fluyendo por mis venas.

Mi padrastro no me dejaba escuchar música y las pocas veces que lo había intentado, las miradas burlonas de los demás me incomodaron.

—Tienes que cerrar los ojos y dejarte llevar —dijo Guilbert y me agarró por la cintura—. La música y el baile pueden ser una buena terapia para soltar la tensión. —Giró conmigo y reí.

—Sabes bailar muy bien —susurré y él sonrió.

—Me enseñó mi hija. A ella le gustaba bailar.

—Suéltala ahora mismo, Guilbert —bramó Gisela mientras tiraba de él.

Odiaba a esa mujer y aún tenía pendiente su castigo, no había olvidado esa bofetada que me había dado en el día que mi padrastro vino a visitarme.

—¿Qué te pasa Gisela? —masculló él molesto.

—Deja de manosearla. Esa niña de ahí... —Señaló a una chica rubia y con el pelo corto—, dice que anoche te aprovechaste de ella.

—¿Cómo puedes creer semejante mentira? —gritó y me colocó detrás de él.

—Últimamente te veo muy cariñoso con esta niña. —Me lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Te la quieres tirar?

—¿Estás loca? Podría ser mi hija.

—Todos de aquí estáis haciendo eso, sin embargo, se acabó. —
Chasqueó los dedos.

Tres guardias nuevos se acercaron hasta donde estábamos nosotros y agarraron a Guilbert por los hombros.

—Encerradlo con los demás —ordenó ella.

Me aferré al cuello de Guilbert, él era mi amigo, tenía confianza con él y no podía soportar otro abandono.

—¡No, él no hizo nada! —grité como una loca mientras tiraba de él.

—¡Cállate! —escupió Gisela y se acercó para abofetearme.

Cuando levantó la mano, Guilbert se colocó delante de mí y su mejilla derecha recibió el impacto de esa mano tan asquerosa.

—¡Quítate de mi vista! —vociferó ella y los guardias empezaron a tirar de él hasta que consiguieron alejarlo de mí.

—Busca dónde ves a una niña como tú que sonrío —dijo él y me guiñó un ojo.

En ese momento sus palabras no tenían sentido. Se lo llevaron y me tiré al suelo de rodillas gritando. Sabía que eso era mentira, sabía que él no era capaz de hacer lo que había dicho Gisela.

No entendía por qué esa niña dijo eso pero no importaba, todas morirían cuanto antes.

Quería irme de ese manicomio para buscarle, para matarle y sentirme libre.

Sentí las manos de Gisela clavadas en mis hombros y cuando intentó levantarme del suelo, empecé a rodear por el suelo.

—Para, niña —gritó molesta.

—No me vas a pillar. —Empecé a reír y cantar al mismo tiempo.

Me levanté del suelo y eché a correr y cuando llegué al lado de esa chica rubia con pelo corto, la agarré por el cuello y acerqué mis labios a su oído.

—Esta noche mi amiga la muerte besará tu frente. —Salí corriendo.

Tenía que salir de ese manicomio cuanto antes, tenía que empezar a matar a todos.

Se lo llevaron y todos pagarían de la misma manera que había pagado Marisa.

Mataré a esa niña y luego iré a por Gisela, pero con ella quería jugar antes de matarla y sabía perfectamente cómo hacerlo.

Esa noche mi amiga la muerte se llevará un gran festín y bailará conmigo el baile de la matanza.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

La vida y la muerte están inseparables y unidas entre sí, no pueden existir
sin la otra

Escuchaba a mi amiga la muerte como susurraba en mi oído su maestro plan de acabar con todos y no paraba de sonreír. Ella quería llevarse la vida de todos y yo quería disfrutar mientras la estaba ayudando.

Guardé el mapa y el cuchillo bajo mi camisón desgastado y me armé con mucho valor antes de empezar mi venganza. Lo tenía todo muy bien planeado, hasta el más mínimo detalle, sin embargo, para conseguir la llave que me proporcionaba la libertad, había que matar a todos.

La primera en mi lista era Gisela, ella tenía que pagar por haber encerrado a Guibert y por haberse atrevido a tocarme.

El manicomio estaba en silencio, mi amigo me había proporcionado ese ambiente para que mi matanza esté más dulce. El silencio nunca me traicionó y a través de él había conseguido la mejor forma de comunicarme con mi amiga la muerte.

Caminé despacio con mis pies descalzos sobre el suelo frío y sucio, rastreando mis dedos por las paredes llenos de pintura desgastada.

Llegó el momento que tanto ansiaba, llegó el momento de cerrar mis heridas y de ganar la batalla contra las fantasmas de mi pasado.

La puerta que daba a la sala de descanso estaba abierta y Gisela estaba durmiendo con la cabeza apoyada encima de sus brazos. No quería despertarla, no antes de acercarme lo suficiente como para clavarle el cuchillo en su cuello.

Sonreí mientras pisaba despacio y saqué el cuchillo con movimientos lentos.

Tenía que ser rápida y no fallar.

Era extraño cómo quitaba una vida sin ningún remordimiento, era como si yo estaba al mando de todo. Yo estaba dominando al remordimiento, no él a mí, y podía seguir con mi vida sin sentir ningún tipo de dolor.

Levanté el cuchillo en el aire y con una perfecta rapidez, la punta afilada entró en su jugosa carne, manchando en mis dedos de sangre. Era una vista que te quitaba el aliento, era precioso como la sangre abandonaba su cuerpo con una rapidez perfecta.

Era como si quisiera salir a la libertad, la sangre era como yo.

—¡Ah! —gritó Gisela tocándose el cuello y cuando intentó agarrarme, retorcí el cuchillo para que entrara por completo—. Maldita niña. Te mataré —amenazó.

—Es tarde. Tengo tu vida en mis manos y tengo que elegir entre entregarte a mi amiga la muerte o dejarte vivir.

—Vas a morir. —Intentó ponerse de pie.

—Lo siento, pero tu vida ya tiene dueño. —Retiré rápidamente el cuchillo y se lo clavé en el pecho.

El olor a sangre llenó la habitación y sentía una euforia agradable mientras ella se ahogaba.

—Si tengo que elegir entre vida y muerte...—murmuré pensativa—, elijo la muerte porque ella es mi única amiga.

Corté su pecho hasta que ya no salía más sangre y cuando sus párpados empezaron a cerrarse, la agarre por el cuello y la tiré al suelo. Me sentía feliz, me agaché para sacarle el corazón, su vida ya no era suya, era mía y de mi amiga la muerte.

Busqué en los bolsillos de sus pantalones las llaves de las celdas, pero fue sin éxito, no estaban. Tenía que encontrar otra manera de entrar y rescatar a Guilbert.

El corazón palpitaba con una velocidad de envidiar, era como si intentaba luchar contra la muerte, sin embargo, en pocos segundos dejó de latir. Mi amiga la muerte había ganado, se había llevado la vida de esa mujer con una sed inimaginable.

Tiré su corazón a la basura y como no me importaba si encontraban su cuerpo, salí de esa habitación sin mirar atrás.

La muerte ganó la lucha contra la vida.

PACIENCIA

La paciencia es la llave que abre todas las puertas

Si algo me había enseñado mi madre mientras vivía, era tener siempre paciencia, porque era la fuerza que tu mente empleaba para decirle al resto de tu cuerpo que todo llegaría.

No quería que todo se acabara muy pronto, quería matarles a todos y disfrutarlo. Mildred no se encontraba en el manicomio y, no podía conseguir la llave si ella no volvía. Había recorrido el manicomio entero para buscarla y eso me había enfurecido.

Lo único que podía hacer era rescatar a Guilbert, lo demás tendría que esperar, sin embargo, mi paciencia se estaba acabando. No tenía la llave de su celda, pero había recordado las palabras que me había dicho cuando se lo llevaron.

Busca dónde ves que una niña como tú que sonríe.

Estaba delante de su habitación, todos los guardias tenían una y lo bueno era que siempre estaban abiertas. Empujé la pesada puerta con mis manos y cuando entré, me extrañé al ver que estaba repleta de cajas. Era como si él se hubiera mudado ahí, como si viviera en esa habitación.

Las paredes estaban cubiertas de fotos y busqué con la mirada a alguien como yo. No tardé en encontrarla y era verdad, esa niña se parecía mucho a mí.

Había encontrado la foto, sin embargo, seguía sin saber qué significaban esas palabras.

Me tomé unos minutos para observar las fotos, en todas salía una mujer hermosa, pero no había ninguna foto con Guilbert. La mujer y esa niña me sonreían, era extraño ver tanta felicidad en unas fotos.

Bajé la mirada hacia las cajas que había en el suelo. Todas estaban

abiertas menos una que estaba precintada y tapada por otra caja más pequeña.

Me acerqué y después de quitar la caja pequeña, corté el precinto con mi cuchillo. En la caja había solo libros, un montón de libros viejos y desgastados. Moví algunos para llegar al fondo de la caja, algo tenía que haber, algo me había dejado Gilbert.

Cuando mi mano tocó algo frío y sólido, sonreí, Gilbert me había dejado las pistolas.

Quitó rápidamente todos los libros y miré las pistolas con atención. Agarré una con mis dedos y los recuerdos de ese día cobraron vida, otra vez tenía una pistola en la mano, sin embargo, esa vez tenía pensado apretar el gatillo.

Me limpié las lágrimas y empecé a cantar.
Esa canción de cuna era la única que me tranquilizaba.

—Paciencia Hannah —susurré y seguí cantando.

ÁNGELES Y DEMONIOS

Los ángeles te cuidan, sin embargo, llega un momento en el que tus demonios te controlan

Muchas veces había sentido que mi madre me estaba cuidando, muchas veces había sentido sus manos alrededor de mi cintura.

Estaba segura que ella había enviado a Guilbert para ayudarme y guiarme en esa vida tan difícil de manejar. Quitaba una vida con facilidad, sin embargo, sentía que me estaba ahogando viviendo cada día. Ese hombre era especial en mi vida y se podría decir que él era mi ángel. Tenía las pistolas conmigo, no obstante, no quería usarlas, no podía hacerlo, me recordaba a mi madre.

Bajé con cuidado las escaleras que llevaban al sótano, ahí estaban la celda que tenía encerrado a Guilbert. No tenía la llave, sin embargo, podía usar la pistola para abrir la puerta.

Estaba a oscuras y olía a humedad. No me gustaba, la muerte y la sangre olían mucho mejor.

Mi amiga la muerte no me había abandonado, nunca lo hizo y sentía su presencia cada vez que tenía a alguien delante de mí.

Quería que matara a todos y pronto lo haré. Encendí una linterna y vi que había muchas puertas. No sabía cuál era la de Guilbert, así que me acerqué a la primera y me quedé quieta, escuchando a mi amigo el silencio.

Saqué una pistola y la deslicé hacia abajo por la puerta, irrumpiendo el silencio con un chirrido. Las puertas eran de metal, eran frías y el sonido que hacía mi pistola cuando la tocaba podía despertar a cualquiera.

Di por hecho que esa habitación estaba vacía. Repetí el mismo movimiento con tres puertas más y cuando llegué a la

última, respire hondo varias veces.

No quería pensar que Guilbert estaba muerto, no quería perder a mi ángel.

La pistola hacia ruido, el silencio estaba perturbado y mi corazón latía como una loca, desesperada por saber si detrás de esa puerta había vida.

—¿Hannah? —dijo mi ángel—. ¿Eres tú?

Su voz sonaba ronca y débil, pero estaba feliz, no me había abandonado.

—Sí, soy yo.

—Gracias, ¿sabes usar una pistola?

—Eh, no —contesté y cerré los ojos, la imagen de mi madre muerta estaba presente—. ¿Cómo sabes que tengo las pistolas?

—Porque eres lista. —Escuché como se arrastraba por el suelo—. Ahora quiero que quites el seguro y apuntes a la cerradura.

Dejé una de las pistolas en el suelo y a la otra le quité el seguro, mientras sostenía la linterna con la otra mano.

Cuando apreté el gatillo, el sonido de aquel disparo atravesó mis oídos con una velocidad feroz, asustándome.

Retrocedí y el cuerpo de mi madre apareció delante de mis ojos. No sonreía y cuando estiré una mano para tocarla, sentí un fuerte empujón.

—Maldita niña —gritó un guardia y me tiró al suelo—. ¿Cómo demonios conseguiste esta pistola?

Se agachó y cuando intentó agarrarla, Guilbert abrió la puerta y se tiró encima de él.

Empecé a retroceder mientras apuntaba a los dos con el arma. Se movían mucho y no sabía exactamente cuándo disparar. Solo veía manos, puños y piernas...

—Dispara, Hannah —gritó—. Hazlo ya.

—Pero...

—¡Dispara, joder!

Apreté el gatillo y la bala atravesó la espalda de ese hombre y su cuerpo cayó de lado, no antes de intentar agarrarse a Gilbert.

Su cabeza impactó contra el suelo y supe que había muerto. Dejé de moverse y sonreí. Mi amiga la muerte lo había atrapado en sus garras y le había arrebatado la vida.

—Muy bien —murmuró Guilbert y entonces estiró sus piernas—.

Estoy cansado.

Me arrastré hasta donde estaba él y busqué la linterna. Cuando la encendí, vi su rostro ensangrentado y lleno de moretones.

—Hay que curarte las heridas. —Estiré una mano para tocar su rostro.

Cerró los ojos cuando mis manos tocaron su piel y suspiró.

—Perdí a mi hija, pero me regalaron otra.

Miré con asombro su rostro intentando procesar sus palabras y sentí felicidad porque yo sentía lo mismo. Perdí a mi padre, pero me regalaron otro, otro que era mi ángel.

Un ángel capaz de luchar contra mis demonios y traer la paz y tranquilidad que tanto ansiaba.

LIBERTAD

Más allá del miedo, está la libertad

En mi locura había encontrado la libertad y faltaba muy poco para salir fuera, para ser libre.

—¿Lo tienes todo muy claro? —preguntó Guilbert mirándome con mucho cariño.

—Sí, tengo el mapa y la brújula —contesté mientras afilaba el cuchillo—. La llave la conseguiré ahora mismo.

—Del incendio me encargo yo. Cuando tienes la llave, dispara una vez y yo prendo fuego a este maldito manicomio. Tienes treinta segundos para salir fuera. Te guías con el mapa, yo te esperaré en las escaleras de atrás.

—¿Conseguiste el coche?

—Le robé esta mañana las llaves a Mildred —contestó rápidamente—. Ten mucho cuidado con ella, es muy fuerte. Mejor usas la pistola.

—No me gusta disparar, prefiero el cuchillo. Deslicé un dedo por el filo para comprobar si estaba bien afilado.

Brillaba y tenía sed de sangre, igual que mi amiga la muerte.

—Tienes una hermosa sonrisa —comentó Guilbert.

—Es la sonrisa que la muerte dibuja en mi rostro. Es la única que tengo —murmuré y empecé a guardar las cosas en una mochila.

Guilbert me había conseguido ropa deportiva, ya no llevaba ese camisón desgastado.

—Nos vemos luego. —Besó mi frente y se fue.

El manicomio estaba en silencio, nadie se había dado cuenta que había rescatado a Guilbert. El silencio mezclado con un frío aterrador me estaba acompañando mientras caminaba de puntillas por el largo pasillo.

Mildred tenía turno de noche, así que la encontraría en su oficina durmiendo, como siempre. Tenía la costumbre de dejar la puerta abierta

y eso era un punto a mi favor.

Abrí la puerta despacio y cuando la vi durmiendo con las piernas en alto, sonreí y saqué mi cuchillo. Sentía como mi amiga la muerte me empujaba por detrás, ella deseaba que yo la matara, que le quitara esa vida inútil.

Respiraba tranquilamente, sin embargo, cuando levanté el cuchillo en el aire y abrió los ojos asustada. Recibió mi apuñalada en su pecho y me agarró las muñecas para empujarme hacia atrás.

—¡Maldita niña! —vociferó y se levantó de la silla.

El cuchillo había caído al suelo y cuando me arrastré para cogerlo, recibí un golpe de su bota en el estómago.

—Debería haberte encerrado en el sótano- gruñó mientras sus manos presionaban la herida—. ¿Crees que no sabía lo que hiciste con esas niñas? ¿Crees que no sé que eres una asesina?

La miré con odio y me levanté del suelo.

—No soy una asesina.

—Mataste a tu madre —murmuró y se secó la sangre que salía de su boca—. Tengo vídeos contigo matando en este manicomio. Vendrán estos días para llevarte. Te encerrarán en una cárcel.

—No van a conseguirlo —dije riendo—. Después de esta noche no habrá manicomio.

—¡Maldita niña! —Se agachó para coger el cuchillo.

Fui más rápida que ella y me alejé en un rincón con mi mochila en las manos. La abrí rápidamente y cuando ella llegó delante de mí, saqué la pistola y disparé.

Disparé sin parar hasta que la pistola se quedó sin balas y, para cuando su cuerpo cayó de lado al suelo, me arrastré y arranqué la llave de su cuello.

Había disparado y tenía treinta segundos para llegar a la salida, así que salí rápidamente de esa habitación.

Saqué el mapa y la brújula, el manicomio era como un laberinto, sin embargo, conseguí llegar con tiempo delante de la puerta trasera.

Respiré hondo y abracé la libertad, la paz y la tranquilidad que estuve buscando desde que había perdido a mi madre.

Abrí la puerta con la llave y cuando bajé las escaleras, una explosión me empujó en los brazos de Guilbert.

Él me estrechó con fuerza y me ayudó a bajar hasta dónde estaba el coche.

Miré hacia atrás y vi como el fuego se comía el manicomio entero. Con una sonrisa de satisfacción en mis labios, señalé las llamas bailaban el baile de la muerte.

Estaba libre, libre para terminar lo que había empezado, libre de llevar a cabo mi venganza.

UN HOGAR

Tener un lugar a donde ir, se llama hogar

Guilbert me llevó a su casa y nada más verla, tan pequeña, tan acogedora, chillé de emoción. Sentí que ese era mi hogar, un lugar seguro y tranquilo.

Me enseñó la casa y me llevó a la habitación de su hija. Abrió la puerta y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Se veía limpia, sin embargo, se sentía su presencia, era como si ella seguía viviendo en esa casa.

—No he tocado nada... —explicó y miré con atención cada detalle.

Había ropa encima de la cama y algunos juguetes estirados encima de una alfombra de color rosa. Como si alguien estuvo jugando hace rato.

—¿Y tu mujer? —pregunté mirándolo.

Se había quedado parado en la entrada y movía la pierna derecha con nerviosismo.

—Me dejó después de la muerte de...

—Lo siento.

—Voy a preparar algo de comer —avisó y se dio la vuelta rápidamente.

—Está bien —murmuré.

Dejé todo como estaba y salí de esa habitación para buscar a Guilbert. Lo encontré en la cocina preparando una tortilla francesa. No tengo mucha comida, iremos mañana a comprar. —Se excusó.

—No importa. —Me senté en una silla—. Muchas veces me fui a la cama sin cenar. Mi padrastro no compraba comida y a mi madre no la dejaba salir de casa.

—¿Cómo lo vas a encontrar? —Dejó dos platos encima de la mesa y se sentó delante de mí.

—Encontrarlo no es difícil. Matarle es un problema.

—¿Por qué? —Me miró extrañado.

—Está rodeado constantemente por sus familiares. Tiene dos hermanos y una hermana —expliqué—. Hay cuatro niños de por medio también y seguramente que ahora mismo están todos en mi casa. Esa casa era de mis abuelos.

—Eso quiere decir que tenemos que vigilar la casa antes.

—Eso tengo que hacerlo yo, no quiero que tú...

—Te guste o no, te ayudaré. —Me señaló con el dedo—. Te dije que eres como una hija para mí, Hannah. Déjame ser tu padre.

—Guilbert... —hice una pausa para respirar hondo—, gracias papá.

Él alzó la mirada y sus ojos me miraron húmedos. Estiró una mano y enseguida la tomé para estrecharla.

Me quedé mirándolo unos segundos más, hasta que me levanté de la silla y me acerqué a él para darle un abrazo.

—Esta es tu casa, este es tu hogar —susurró y me dio un beso en la mejilla—. Ahora come, por favor. —Se puso de pie—. Iré a preparar la cama y algo de ropa limpia.

Me senté en la silla y terminé de comer con una sonrisa tímida en mis labios. Llevaba mucho tiempo sin sentir ese cariño por parte de alguien.

Suspiré feliz y escuché como mi amiga la muerte me susurraba su plan perfecto para matar a mi padrastro. Ella era como una madre para mí, nunca me abandonó y estuvo a mi lado siempre, para guiarme e impregnarme con mucho coraje.

RECUERDOS BUENOS Y MALOS

Lo que te hace sufrir, olvídalo
Lo que te hace sonreír, recuérdalo

Eso intentaba hacer, olvidar lo malo y recordar lo bueno. Estaba delante de mi casa, pero ya no era mía, o de mi madre, sino de mi padrastro y de su familia.

La estuve observando durante una semana con Guilbert y habíamos llegado a la misma conclusión. Teníamos que atrapar solo a mi padrastro y dejar a los demás tranquilos. Ellos no tenían ninguna culpa, no se merecían un castigo por parte de mi amiga la muerte.

Mi padrastro tenía un horario fijo, salía de casa a las cinco de la tarde y volvía a las doce de la noche.

—Creo que tenemos suficiente con la vigilancia, hija —murmuró Guilbert—. Todos los días hace lo mismo.

—Tienes razón, papá. —Dejé de mirar la casa—. Mañana lo atraparemos.

—Muy bien, Hannah. —Arrancó el motor del coche—. Volvemos mañana preparados.

—Había pensado sorprenderlo por el camino y meterlo con la fuerza en el coche —dije pensativa mientras observaba con tristeza como la casa desaparecía del panorama.

—Eso es arriesgado, hija. Mi idea es mucho mejor que la tuya.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Desde que vivía en su casa, no había dejado de sorprenderme. Era un hombre muy listo y muy paciente. Cada noche se sentaba en la cama a mi lado para contarme historias divertidas de su vida.

—Tú te quedas en el coche con el motor encendido, mientras yo lo agarré por detrás y le taparé la nariz con cloroformo.

—Tienes razón. Tu idea es mucho mejor que la mía, sin embargo, él es mío.

—Hannah —gruñó.

—Te dije que quiero matarlo yo. —Arrugué la frente y golpeé la ventana con el puño.

—Lo sé, pero no quiero que te pase algo. No quiero perderte a ti también.

—No me pasará nada. Tengo a mis amigos conmigo. —Empecé a tararear la canción de cuna.

—No entiendo...

Seguí cantando hasta que Guilbert estacionó el coche delante de una farmacia.

—Espérame aquí —habló mientras abría la puerta—. No tardaré.

Asentí ligeramente con la cabeza y cerré los ojos. Los recuerdos me había llevado de vuelta al pasado, sin embargo no todos eran malos.

Había superado la muerte de mi madre, pero no lo había olvidado.

REENCUENTRO

Ningún reencuentro es coincidencia

—Quédate en el coche —avisó Guilbert mientras empapaba un pañuelo con cloroformo—. Deja el motor encendido y si ves algo sospechoso, arranca y vete.

—Yo no sé conducir. —Miré asustada el volante.

—Es muy sencillo. Hay dos pedales, freno y aceleración. El de la izquierda es el freno y el de la derecha...

—El de la aceleración —susurré mirando hacia abajo donde estaban los pedales.

—No tardaré. —Salió del coche.

No quería mostrar ningún sentimiento, sin embargo, por dentro estaba hecha un manojo de nervios y preocupación. No quería que le pasara algo a Guilbert, no quería perder a mi padre.

Mi amiga la muerte estuvo a mi lado cada noche y el silencio acompañó mis sueños. Junto con Guilbert había hecho planes de futuro, tenía pensado en volver a estudiar.

Deseaba tener una vida normal.

—Ya estoy aquí —graznó Guilbert mientras abría la puerta de atrás. Giré mi cabeza y cuando vi el cuerpo de mi padrastro, sentí un escalofrío. Era como si por primera vez, el miedo apareció en mi vida.

Nunca tuve miedo, siempre actuaba de una manera fría y segura.

—¿Qué pasa, Hannah? —Guilbert me miraba preocupado.

—Yo... tengo miedo —admití mirando mis manos temblorosas.

—Eso es normal. —Dejó el cuerpo de mi padrastro en la banqueta de atrás y cerró la puerta—. Eres una niña, eres humana y es normal que tengas estos sentimientos. Sabía que tu corazón es hermoso, fueron los malos hechos quienes lo ahogaron poco a poco.

—Me siento viva.

—Me alegro, hija. —Sonrió.

—No sé si puedo terminar mi venganza.

—Tienes que hacerlo si quieres seguir adelante.

—Quiero ser feliz y tener una vida normal. —Tomé una profunda respiración.

—Así se habla.

Guilbert llevó el cuerpo de mi padrastro en el sótano y lo ató muy bien. Mientras estaba esperando a que se despertara, Guilbert preparó la cena.

Me senté en el suelo delante de mi padrastro y examiné atentamente su rostro.

Empecé a cantar y poco a poco él abrió los ojos.

—Esa canción... —murmuró—, me volvió loco.

—Tranquilo, solamente quiero matarte.

—¡Tú! —vociferó—. Pero ¿cómo...?

—Sí, yo —contesté sonriendo—. Nos volvemos a encontrar.

¿Pensabas que después de lo que hiciste, no volvería a por ti? —Me puse de pie—. Vas a pagar por todo y lo haré muy lento, desearás tu muerte.

Salí de esa habitación rápidamente, tenerlo tan cerca me producía asco. Algo me impulsaba matarlo y sacarle ese corazón tan envenenado de su pecho.

Tenía que tener paciencia y disfrutar del ritual que mi amiga la muerte tenía preparado para él.

DOLOR Y FUTURO

El dolor hace que la gente cambie

Estuve a punto de abandonar, de salir corriendo y olvidarme de todo, pero el dolor era insoportable.

Tenía que terminar lo que había empezado, tenía que matarlo y quitarle el corazón. Ese mismo que latía sin razón, sin sentimientos y sin sentido.

—Mátalo —susurraba mi amiga la muerte.

Quería hacerlo pero no sabía cómo, todas las vidas que había quitado quedaron olvidadas y enterradas, sin embargo, esa vez era distinto. Quitarle la vida a él era como abrazar de nuevo la ilusión de soñar, de soñar un futuro mejor.

—Iré a ver cómo está —dijo Guilbert—. Lleva dos días sin comida y agua. Supongo que no querrás que muera deshidratado.

—Por supuesto que no. —Alcé la mirada—. Quiero quitarle yo la vida.

—Lo harás, pero antes quiero que termines tus deberes —habló con seriedad.

—No me gusta hacer esto y la mitad de los ejercicios no los entiendo.

—Yo te ayudaré. —Se agachó para mirar mi cuaderno—. Y quiero una letra bonita —gruñó.

—Lo intentaré, papá.

—Tienes que hacerlo, la semana que viene empiezas el colegio.

—¿Puedo bajar contigo? —Dejé el lápiz en la mesa.

—Hannah...

—Por favor —imploré—. Prometo terminar esta tarde todas las tareas.

—Está bien. —Se giró para mirarme—. Si quieres matarlo, hazlo ya. Creo que llegó la hora de olvidarlo todo, de pensar en tu futuro y de ser

feliz.

—No sé cómo hacerlo. —Me mordí los labios y me acerqué a él.

—Ven conmigo. —Me agarró de la mano y me llevó con él hasta la cocina.

Abrió un cajón y sacó un cuchillo grande.

—No es el mismo, sin embargo, puede valer. —Me lo dio—. Quiero que bajes y termines lo que has empezado. Eres fuerte y puedes hacerlo.

—Gracias. —Agarré el cuchillo con mis dedos—. Quiero estar a solas con él.

—Te espero aquí. —Me abrazó—. No tardes mucho, hija. El futuro nos espera, la vida que tanto deseaste tener está aquí, a mi lado. No lo olvides. —Besó mi mejilla.

—Gracias papá. —Me aparté—. Terminaré con esto y mañana cuando iré al cementerio para visitar a mi madre, le voy a decir que cumplí con mi promesa.

—Eso es. —Sonrió—. Ella nunca te abandonó.

Le había prometido vengar su muerte y faltaba muy poco para cumplir con mi promesa.

Todo el dolor acumulado desaparecería y un nuevo futuro lleno de felicidad guiará mi camino.

EL FIN

Siempre hay que saber cuándo una etapa llega a su fin

No tengo miedo de la muerte, fue mi amiga, mi pilar y mi guía en ese camino lleno de piedras afiladas. Me había quedado sin familia, pero mis peores miedos me acompañaron y me ayudaron llevar a cabo mi plan maestro.

—Puedes hacerlo —susurró mi amiga la muerte.

Abrí la puerta y encendí la luz. Mi padrastro levantó despacio la cabeza y abrió los ojos.

—Debería haberte matado... —murmuró con voz ronca.

—¡Maldito! —grité—. Mataste a mi madre. A mi mamá...

—Era una puta —gruñó entre dientes.

Levanté la mano y golpeé su rostro con todas mis fuerzas.

—¡Cállate! No te permito hablar así de ella.

—Te crié y ¿así me lo pagas?

—Nos dejabas sin comer días enteros y nunca me compraste algo. No me llevaste al colegio y me mantuviste encerrada en la casa durante años. —Golpeé su su rostro otra vez.

—Pegas bien, Hannah —dijo riendo—. Sabes, tenía planes contigo.

—No quiero escucharte.

—Mis amigos me ofrecieron mucho dinero por ti.

Levanté el cuchillo en el aire y lo agarré por el cuello de su camisa. Cuando la punta afilada resbaló por su mejilla, tragó saliva asustado.

—Sudas como un cerdo —comenté—. Hay que comprobar si sangras igual.

Cuando la punta del cuchillo llegó a su cuello, apreté con fuerza y la sangre empezó a salir desesperada acompañada por sus gritos de dolor.

—Mi madre siempre me cantaba una canción por las noches —susurré mientras el cuchillo seguía cortando hacia abajo—. Veremos si

tiene el mismo efecto en ti. —Saqué el cuchillo y se lo clavé en el pecho.
Gritó fuerte y empecé a cantar.

—¡Para! No quiero escuchar esa canción.

Mientras seguía cantando, el cuchillo llegó al lado de su corazón y mis pupilas se dilataron al sentir el olor a sangre y mis dedos ardían de deseo. Quería tocar y probar esa sangre, quería darme un verdadero festín.

Tiré el cuchillo al suelo y mientras él se retorció de dolor, mis dedos penetraron su carne blanda hasta que tocaron ese inútil corazón. Lo agarré y tiré con fuerza hasta que su pecho quedó vacío. Tenía siete segundos para disfrutar y no quería perder ninguno.

Mientras él miraba con horror su corazón yo sonreía contenta.

—Mi madre está feliz. Vas a podrir en el infierno, sin embargo, tú corazón se quedará en este mundo. Irás vacío, como te lo mereces —dije y apreté con fuerza.

Su corazón dejó de latir justo cuando sus ojos se cerraron. Con su oscuridad, se cerró una etapa triste de mi vida.

—¿Todo bien, hija? —preguntó Guilbert mientras abría la puerta.

—Sí. —Miré mis manos llenas de sangre.

Temblaba y él enseguida me abrazó.

—Eres una chica muy valiente y me siento orgulloso de ser tu padre. Este es el fin, Hannah. Iremos lejos de aquí y empezaremos una nueva vida.

—Vi a mi madre sonriendo —dije llorando.

—Lo conseguiste.

—¿Me acompañas al cementerio? —pregunté mirándolo—. Quiero despedirme de ella como debe ser.

—Claro, hija y luego iremos a la tumba de mi hija y mi esposa. Quiero que las conozcas. Vamos a dejar todo esto atrás, pequeña.

Lo abracé con fuerza y metí la cabeza en su pecho. La vida me había quitado lo que más amaba pero mi amiga la muerte me había encontrado un nuevo hogar.

La venganza es dulce y siempre convierte al más débil en alguien peligroso.

Firmado por la muerte

